



**Víctor Doreste**

**Por Dulce María González Doreste**

## ENTRADILLA

Víctor Doreste (1902-1966) fue un escritor polifacético (teatro, narrativa, poesía), un cronista desbordante de canariedad y humor isleño, un pintor nada desdeñable y un compositor prolífico y genial. Quienes lo conocieron destacan su encantadora bohemia natural, su aguda inteligencia y la generosidad y bonhomía de su carácter. Siempre fue un soñador, tocado por el amor a su tierra y al arte.

Fue polifacético por la misma razón que el pulpo tiene tantos tentáculos, como le contestó al periodista Orlando Hernández, poco tiempo antes de su fallecimiento. Se sentía cómodo y bien definido en todas sus facetas artísticas, pues cada una de ellas le procuraba satisfacción intelectual y le despertaban distintas emociones, según el mismo expresó: La pintura lo entretiene. La literatura lo abstrae y le hace pensar. La poesía lo conmueve. La música lo transporta a otros mundos. Y el teatro le divierte. Su talento y su genio son indiscutibles y se plasman no solo en su obra, sino en las múltiples anécdotas que acumuló a lo largo de su vida, las “dorestiadadas”, siempre llenas de un humor socarrón, que permaneció intacto hasta en sus últimos momentos.

## Quién es

Víctor Doreste nació en Las Palmas de Gran Canaria el 11 noviembre de 1902 y murió el día 27 del mismo mes de 1966. En sus *Recuerdos de niñez y juventud*, Víctor Doreste declara que su natural modo de ser «pacífico y renuente a todo aquello que adolezca de violencia y belicismo» se debe en parte a su fecha de nacimiento, el 11 de noviembre, día de la firma del armisticio que puso fin a la primera guerra mundial (1918) y a que su madre se llamara, “maravilloso y bendito nombre”, Paz Grande Ambrosio, salmantina. Su padre, que dejó una huella indeleble en Víctor hasta el día de su muerte, fue Domingo Doreste Rodríguez, conocido por Fray Lesco, un gran humanista, fundador de la Escuela de Arte Luján Pérez, cuya biografía fue escrita por Juan Rodríguez Doreste. La familia se establece en Salamanca en 1907 y regresa en 1911. Es en ese momento cuando Víctor dice que empiezan sus recuerdos, en el viaje de regreso a bordo del barco Hespérides, vetusto e incómodo, pero buen mariner.

De la lectura de este libro se desprende que Víctor tuvo una niñez y una juventud feliz, como la de cualquier niño del barrio de Vegueta que correteaba por sus calles limitadas por tres puntos neurálgicos: el cercado de Avellaneda, la plaza de Santo Domingo y la de Santa Ana, espacios que serán también los escenarios frecuentados por la pandilla canina, los “perronajes” protagonistas de su célebre novela *Faycán*.



Según iban creciendo Víctor y sus amigos, los límites vegetianos se iban ensanchando y el Parque de San Telmo y el Risco de San Roque formaron parte también del escenario de su niñez y su juventud, que se desarrollaban, según Juan Rodríguez Doreste, en un ambiente familiar que propició que «su brújula vital se imantara desasosegadamente: un padre de extraordinario talento, pero débil y complaciente en exceso, y una madre, admirable de solicitud y amor, que jugaba con cierta demasía absorbente su papel de ternura tutelar», (*Seres, sombras, sueños*, 1973). Sus correrías callejeras, no impidieron que, desde muy pronto, el joven Víctor diera muestras de su brillante inteligencia y de su prodigiosa imaginación. Tomó clases de solfeo con D. Bernardino Valle y de guitarra con D. Teófilo Morales y Martínez de Escobar, instrumento que llegó a tocar con tal perfección que llegó a rayar en lo magistral. A los doce años pone ilustraciones musicales a *La Llanura* de Alonso Quesada y a los dieciséis da su primer concierto de piano. A partir de 1921 completó su formación musical en Leipzig, Alemania, donde compone parte de su obra musical.

Algunos años después, Víctor forma dúo con el guitarrista tinerfeño Ignacio Rodríguez, emprendiendo así una carrera que cosechará grandes éxitos en Gran Canaria y Tenerife. Los periódicos locales se hacen eco de ello y el 6 de enero de 1930 ambos músicos son homenajeados en el antiguo Circo Cuyás de Las Palmas, con motivo de despedirse de Las Palmas para emprender una *tournee* por la península y el extranjero. En esa gira realizaron una serie de conciertos para dos guitarras por Alemania, deteniéndose en Barcelona para dar dos recitales en el Ateneo, que fueron un clamoroso éxito.

En esa década, Víctor vive en Berlín durante algún tiempo donde actuó como concertista de guitarra y escribió varios guiones radiofónicos para Radio Berlín. Se casa con una actriz de teatro suiza-alemana, Rita, con quien regresa a Las Palmas de Gran Canaria al estallido de la Guerra Civil española. De 1930 a 1939, colabora en varios diarios berlineses. En 1939, se publicó en Berlín su *Einführung in die Spanische Sprache*, del que según el propio Víctor hubo tres ediciones (una en 1939 y dos en 1942), dos de las cuales se archivan en el Museo Canario. Este manual sirvió de método para aprender español en algunos colegios alemanes. Paralelamente, Víctor continúa componiendo numerosas obras musicales, literarias, colaboraciones periodísticas, en incluso, ya en 1944, comienza una carrera artística con su primera exposición de pintura en el Gabinete Literario de Las Palmas de Gran Canaria.

La escritora grancanaria Natalia Sosa Ayala le dedicó a su muerte un hermoso artículo en el que evoca las habituales visitas de Víctor a su casa y su último recuerdo, el día que llegó de forma intempestiva, rompiendo bruscamente la norma de la visita en las plácidas tardes domingueras: «Venías con los ojos brillantes e inquietos. No llegabas simuladamente en busca de palabras, sino en busca de un médico, de un remedio absoluto. Y, sin sentarte, hablaste de prisa de la muerte. Mi padre y tu salieron a la calle. Cuando te vi desaparecer junto a los follados, tan alto y delgado como uno de ellos, supe que tenías razón; que no te vería más; que no habría otra tarde» (*El Eco de Canarias*, 13 de diciembre de 1966).



### SENTIDO DE SU OBRA

Víctor Doreste fue un bohemio, en el sentido más clásico y más noble de la palabra, un bohemio "químicamente puro" del que sus amigos destacan su honda humanidad que, como dijera Orlando Hernández, fue una bandera desplegada en nuestra ciudad. Pedro Lezcano, en el prólogo a *Once sonetos*, afirma que su vida fue «su mejor obra, su compendiosa y febril creación: ella es la confluencia tormentosa de la sangre y el arte, del arte con sus múltiples rostros unificados y palpitantes». Para Juan Rodríguez Doreste "el secreto de su ser, de su recóndita condición, estriba en que Víctor fue siempre, toda su vida, un hombre agónico y soñador en soledad desamparada" (*Seres, sombras, sueños*, 1973).

### MÚSICA

Sus músicos preferidos fueron Tchaikowsky y Bach. De la *Patética* (del primero) dijo que después de oírla podía uno morir tranquilo porque es lo más triste que se ha escrito en el mundo. Y de su admirado Bach declaró que sería el compositor que llegaría a gustar más que todos los músicos juntos. En rendido homenaje le compuso un hermoso soneto. El día 19 de abril de 1932, en el Teatro Victoria Eugenia de San Sebastián, se estrenó con mucho éxito la zarzuela de ambiente costumbrista canario *La Zahorina*, compuesta por Víctor sobre un libreto original de Fray Lesco y con decorados de Felo Monzón y García Ros. La última representación de *La Zahorina*, después de casi un siglo de silencio, tuvo lugar en el Centro Cultural Maspalomas el 18 de diciembre de 2010, gracias al abnegado trabajo llevado a cabo durante ocho años por el músico Pedro Hernández, violonchelista de la Banda Municipal de Música de Las Palmas, que recompuso la partitura que Manuel Doreste, sobrino de Víctor, depositó en los Archivos del Museo Canario.

Víctor, como el mismo pregona en esta y otras entrevistas, fue un prolífico compositor no solo de música culta, sino también de lo que él llamaba música frívola: pasodobles, rumbas, foxtrots, chotis, boleros, mambos. Muchas de sus composiciones continúan inéditas y algunas probablemente hayan desaparecido para siempre. Destaco igualmente su célebre composición orquestal de cuerda Responso a *Fray Lesco*.

### TEATRO

De la zarzuela pasó al sainete y en la década de los cuarenta comienza su andadura teatral con la comedia *Una limonada para el señor* y los sainetes canarios *Ven acá vino tintillo*, *La del manojo de tollos* y *En el risco está mi amor*. De las cuatro piezas, *Ven acá vino tintillo* es, sin duda, la más popular y es considerada como la obra teatral más representada en Canarias. Gozó de más de 100 representaciones en vida de su autor y se estrenó el 8 de febrero de 1941 en el teatro Pérez Galdós. La obra es un fiel reflejo del humor canario y es rica en términos del habla popular. El teatro de Víctor lleva a la escena el sabor de las islas y sus personajes están perfectamente identificados con la intención de la obra.



## POESÍA

La admiración y el amor que Víctor sentía por su padre queda patente en la dedicatoria de su libro *Once sonetos*, «a mi padre, junto a mí siempre», y en uno de sus más sentidos sonetos titulado *A mi padre*. Víctor compuso estos poemas en Madrid y los publica en 1949 en Las Palmas prologados por Pedro Lezcano. M.<sup>a</sup> Rosa Alonso les concede una gran pericia formal y se muestra fascinada por la extrema sensibilidad y el extraño temperamento de hombre y de artista de su autor. Al lado de sonetos profundos y desgarradores, como los que dedica a sus progenitores, y con los que colaboró en la revista *Gánigo* (números 20 y 24), junto con otros poetas de su generación, como Pedro García Cabrera, Chona Madera, Juan Millares Carló, Félix Poggio Lorenzo, etc., Víctor incluye otros de gran belleza estética y de temática objetiva, como el que dedica a La Palmera o al mar, o de mayor abstracción como el de Eros o el *Pensamiento*, junto a otra composiciones de factura paródica, como las *Lopefutboleras* (parodia del soneto a Violante de Lope) o *Yo, a mí vino* (parodia del bello soneto de Domingo Rivero, *Yo, a mi cuerpo*), donde trasluce su fino humor y su aguda inteligencia.

## NARRATIVA

*Faycán* es la única novela publicada de Víctor Doreste, aunque él comentó que en una de las gavetas de su escritorio «dormía el sueño de Cestona» una novela de 500 páginas (*Historia de un Calibán*) y un libro de cuentos. M.<sup>a</sup> Dolores de la Fe cree con respecto a la primera que «no solo no permanece inédita, sino que solo fue "contada" a los amigos, tal vez pensada sobre la marcha al calor de la conversación», lo que comparte también Pedro Lezcano en el prólogo de *Once Sonetos*. Habla también nuestra recordada escritora de otra novela de Víctor, titulada *Dos horas en el aire*, de la que tuvo la suerte de oír la lectura de algunos folios de boca del propio autor una tarde que la visitó. En todo caso, en el inventario de la obra que su sobrino Manuel Doreste recopiló y depositó en el Museo Canario no figuran ninguna de las dos.

*Faycán*, la célebre novela perruna de Víctor Doreste, por voluntad de su autor, no lleva prólogo. Es un libro, como sus perros, «que nace desamparado, sin trompetas ni amicales clarinadas, sin padrinazgo bautismal, entero y ladrado como la luna» (Prefacio, *Faycán. Memorias de un perro vagabundo*, 1945).

Con motivo del segundo aniversario de la muerte de su autor, en 1968 se publicó una segunda edición de *Faycán* (llegará hasta siete), con 1000 ejemplares corrientes y 100 de lujo, dedicada a sus hermanos Manuel y Teresa, que fue ilustrada, en homenaje a Víctor, por sus amigos los pintores Rafaely, Juan Ismael, Peregrín, Felo Monzón, Betancort y Cirilo Suárez.

Como ya se mencionó, Víctor también es autor de unas memorias, *Narraciones canarias. Recuerdos de niñez y juventud* (1965), compuestas de 34 capítulos, que desgranar anécdotas y sucesos, y describen a personajes de la época. Pero, sobre todo, el libro constituye un retrato emocionado y emocionante del alma de su ciudad y de sus gentes.



### TRABAJOS PERIODÍSTICOS

Desarrolló también una vena periodística-ensayística y escribió en varios periódicos canarios y del extranjero sobre los más variados temas. Realizó crónicas literarias, escribió sobre medicina y salud, sobre fútbol, sobre cine, sobre teatro. Entre 1930 y 1939 redactó numerosos artículos para periódicos alemanes y suizos, sus llamadas crónicas suizas y berlinesas. Epigramas, greguerías y adivinanzas canarias, llenas de humor y filosofía, llenaron las páginas del *Diario de Las Palmas* en esos años. El 5 de diciembre de 1953 inauguró su serie de *Pensamientos y Pensamientas*, mezcla de humor y filosofía, como los definió Lola de la Fe. Fueron varios los artículos dedicados a la ciudad de Las Palmas y a sus más conocidos personajes (como Andrés el Ratón), artículos que él llamaba *Urbaniloquios*. También publicó las *Crónicas de Vegueta*, colección de artículos, sobre la historia de la ciudad, con el sobrenombre *Parece que fue ayer*, evocadores de los episodios de la vida cotidiana del barrio viejo de la ciudad. Víctor amaba la ciudad y de una forma u otra tanto ésta como sus habitantes conforman el escenario físico y vital de toda su polifacética obra.

### PINTURA

Inaugura su primera exposición pictórica el 1 de marzo de 1947 en el Gabinete Literario. He encontrado numerosas referencias de muchas exposiciones suyas, la mayoría en la galería Wiot y una en Santa Cruz de Tenerife. Sólo pintó paisajes canarios y marinas, todos óleos, salvo unos pocos pasteles. Su obra se encuentra muy dispersa y mucha ilocalizable. Juan Ismael, con el pseudónimo de Pablo Barquín, escribió en 1955, un bello artículo en el *Diario de Las Palmas* con el significativo título *El ingenuo primitivismo de Víctor Doreste*, describiendo las características de su pintura. Juan Rodríguez Doreste también celebró su pintura, de la que resalta las «hondas raíces musicales de su estilo. Para Víctor -dice- la realidad es solo punto de partida y no, como para otros paisajistas, estación de llegada. La fantasía exalta la realidad y apoya en la tierra tan sólo el pie alígero que permita el salto. Y de esta afortunada conjunción de realismo y fantasía surgen los mejores frutos de este arte en prometedor agraz».

### BIBLIOGRAFÍA:

En *Genio y figura de Víctor Doreste* se puede encontrar una bio-bibliografía del autor recopilada por Manuel Doreste Sánchez (pp. 110-117).

- Víctor Doreste, *Faycán (Memorias de un perro vagabundo)*. Imprenta Minerva, 1945 (1.ª edición. Otras ediciones sucesivas en 1968, 1979, 1986, 1990, 1993, 1998, 2004, 2005, 2007).
- Víctor Doreste, *Once Sonetos*. Imprenta Lezcano, 1949.
- Víctor Doreste, *Narraciones canarias (Recuerdos de niñez y Juventud)*. Imprenta Lezcano, 1965 (1.ª edición. 2.ª edición en 2003).
- Víctor Doreste, *Poesías Completas*. Tertulia Artístico-cultural Víctor Doreste, 1980 (2.ª edición por Lorenzo Doreste, 2008).



- Víctor Doreste, Ven acá, vino tintillo (sainete). Edición de Lorenzo Doreste, 2007.
- Víctor Doreste, La del manajo de tollos (sainete). Edición de Lorenzo Doreste, 2008.
- Víctor Doreste, Una limonada para el señor (sainete). Edición de Real Sociedad Económica de Amigos del País de Gran Canaria, 2009.

Sobre Víctor Doreste:

- Alonso, M.<sup>a</sup> Rosa. (reseña). Víctor DORESTE. "*Faycán. Memorias de un perro vagabundo*". Las Palmas de Gran Canaria. Imp. Minerva. 1945. En *Revista de Historia*, n.º 69, 1945.
- Alonso, M.<sup>a</sup> Rosa (reseña). Víctor DORESTE. *Once sonetos*. Imp. Lezcano. Las Palmas de Gran Canaria, 1949". En *Revista de Historia*, n.º 93-94, 1951.
- De la Fe Bonilla, María Dolores. Víctor Doreste Colección "La Guagua", Mancomunidad de Cabildos, 1982.
- Doreste, Lorenzo. *Una botella de whisky para Víctor Doreste. Comedia en seis actos*, Lorenzo Doreste Suárez, 2004.
- Doreste, Lorenzo. *Genio y figura de Víctor Doreste*, ed. Lorenzo Doreste, 2006.
- Ndoye, Amadou. "*Faycán de Víctor Doreste o el viaje de retorno al rompecabezas de la identidad canaria*". *Estudios sobre Narrativa Canaria*. Editorial Baile del Sol, 1998. (Texto incluido en *Genio y figura* de Lorenzo Doreste, pp. 163-185).
- Rodríguez Doreste, Juan. *Seres, sombras, sueños*. Ediciones nuestro arte, 1973.

## TEXTOS

Prólogo y parte del primer capítulo de *Faycán*

*Este libro no tiene prólogo, pero sí umbral.*

*El prólogo ideal sería aquel que se escribiera sin conocer el libro. Si al leer una novela se nos ocurren ciertos juicios ¿por qué adelantarlos? ¿Constituyen acaso un prólogo o son en realidad un epílogo? No pongamos la veleta en el sótano.*

*El prólogo debía escribirlo nuestro mejor enemigo. Yo le he buscado, pero... no sabe escribir. Por el contrario, mis amigos escriben tan bien que harían desmerecer mi prosa. Y esta es la razón de que este libro nazca desamparado, sin trompetas ni amicales clarinadas, sin padrinzago bautismal, enteco y ladrado, como la luna.*

*Víctor Doreste*

Las Palmas de Gran Canaria, agosto de 1944.

No sé el tiempo que llevo husmeando desperdicios y aguantando pacientemente los puntapiés de los hombres y las pedradas de los niños. Sólo sé que ya presiento la hora en que mis pobres huesos han de relucir en algún sucio estercolero o sumirse en las sombras de alguna íntima botonadura.



Terribles pesadillas me atormentan, en cuanto me tiendo en el duro suelo que el destino me deparó por lecho. Me veo tendido sobre el pedregal de la playa. Un enjambre de moscas zumba sobre mi cuerpo terriblemente quieto. Mi rabo inmóvil no puede trullarlas.

Las verdes, liban en mis ojos el cuajo de la muerte. Las pardas, obscurecen el rojo de mi herida, la herida del perro vagabundo, la pedrada. Cuando me despierto, recuerdo aquella sentencia que los hombres aplican a las horas, y que nosotros, los pobres perros, podíamos dedicar con mayores razones a las piedras: *Todas hieren; la última mata*.

Otro síntoma de que mi perra vida está tocando a su fin, aparte de mi desollado rabo, es una fuerza imperiosa que engarza mis recuerdos y me llama a contar mi humilde vida aventurera.

Si no hubiera tenido la dicha de conocer a Cicerón y a nuestra alegre pandilla, no me hubiera decidido, seguramente, a relatar los episodios de mi insignificante existencia. Pero Cicerón sí es digno de pasar a la perruna posteridad. Conocía como ninguno los secretos de nuestro tierno y fiel corazón; nos enseñaba la medida y el límite en que debíamos servir y amar a los hombres y la manera de distinguir las yerbas que curan nuestras enfermedades. Y, sobre todo, nos enseñó la verdadera historia de la Caninidad.

La vida y enseñanzas de este insigne ejemplar de nuestra raza son, más que mis propias aventuras, la razón que me impulsa a contar mis memorias, a veces tristes, a ratos alegres, pero fiel retrato de lo visto y exacto eco de lo oído.

\*\*\*

Empiezo por aclarar que no es empresa fácil para un perro desnutrido y senecto hilvanar sus vagos recuerdos. He de añadir, también, que unas veces contaré lo pasado como sucediendo y otras, desde el ahora, el tiempo contemplando.

Nosotros, criaturas de nuestra raza, -y esto lo ignoran los hombres- somos seres de muy flaca memoria. ¿Cómo, si no, podríamos perdonar y hasta querer a los terribles niños, a los hombres despiadados y al amo despótico? Les perdonamos, porque olvidamos sus agravios. Sólo se es rencoroso cuando se recuerda con clara precisión. Su buena memoria hace vengativo al hombre. ¿Cómo podríamos perdonar, si no, al vil y eternamente sentado constructor del arma por nosotros más temida? Me refiero a la bota del hombre, nuestro mayor azote después del guijarro canicida.

Recuerdo que, un día, Cicerón nos explicó con aquella claridad por ningún perro igualada, que el cruel zapatero era nuestro mayor enemigo. Antes, todos los perros creíamos que este ogro construía el arma terrible para que el hombre no sufriera el duro contacto de la piedra. Pero Cicerón nos hizo ver las cosas de distinta manera. Pluto, un perro que sabía mucho también, intentó contradecirle. Pero Pluto pertenecía a la vieja escuela; y prevaleció por una mayoría aplastante el criterio de Cicerón: “El día que los hombres caminen descalzos por el asfalto y se calcen en los pedregales de la playa, defenderé el punto de vista de Pluto. El hombre se calza, por el contrario, en los lugares asfaltados; y lo hace así, porque en ellos no encuentra el guijarro oportuno con que herir nuestros débiles lomos. Sin embargo, en los temidos pedregales de la playa, arsenal inagotable y



descalabro de nuestra raza, el hombre anda descalzo sin sentir el dolor al hollar la puntiaguda piedra”. Y terminaba: “No sabemos quién construye las piedras; las botas, sí. Y yo le acuso como el mayor enemigo de nuestra noble raza”.

Cuando Cicerón nos regalaba con alguna de estas peroratas, solía quedarse con sus largas orejas gachas y su venerable y desollado rabo en silencio. Nosotros agitábamos nuestra alegre extremidad en señal de alborozo y asentimiento; mientras, Cicerón tomaba resuello y continuaba enseñándonos cosas siempre nuevas y sorprendentes.

\*\*\*

Pero ya es hora de que cuente algo relacionado más directamente con mi criatura.

Mi madre era de pura raza canaria y estaba muy orgullosa de ello. De mi padre no puedo hablar. Según Pluto, los perros no tenemos padre; y los tíos son muy dudosos. Cicerón llegó a hacernos poner esto en tela de juicio. Más adelante, expondré las razones que aportaba a su argumento.

Para nosotros -esta era la manera de pensar que teníamos entonces- es y creo que será siempre un misterio el que los hombres tengan padre y madre. Habíamos notado, eso sí, que, cuando alguno de nosotros tenía una amistad íntima con alguna compañera y nacían unos cachorrillos, solían éstos tener nuestras propias manchas. Pero muchas veces no ocurría esto. Y aquí se apoyaba Pluto para echar por tierra la argumentación incomprensible de Cicerón. Cuando nació aquel famoso perro de las dos cabezas, la cuestión quedó zanjada por algún tiempo en favor de Pluto. “¿Quién era el padre de este perro?” -le preguntó a Cicerón-. Y éste, por primera vez en su vida, no supo qué contestar.

Estuvimos buscando por toda la isla al perro de las dos cabezas, pero todo fue en vano. Cicerón no se dio por vencido. “La madre -decía- tampoco tiene dos cabezas...”. “Pero no cabe duda que lo es” -le contestamos-. “Evidente, evidente...”. Y se rascaba, contrariado, una oreja.

Más adelante, he de contar la memorable sesión celebrada en su amplia y confortable cueva, en la que nos reveló el tremendo misterio.

Quedamos en que mi madre era de pura raza canaria; y tan parecida a mí que, cuando fui grandecito, me confundían nuestros propios compañeros. Este parecido llegó a darme serios disgustos, pues algunos se permitían ciertas libertades, que se dirimían a mordiscos, hasta que quedaba deshecho el error. Que yo sepa, no he tenido hermanos. Sin embargo, abrigo sobre esto algunas dudas. Los primeros recuerdos de mi infancia van unidos a un perrillo que mi madre cuidaba con igual solicitud que a mí. Con él comía; y mi madre nos lavaba a los dos con su larga y aterciopelada lengua. No puedo recordar cuándo le vi por última vez; pero esto debió suceder, seguramente, en una ocasión en que mi madre apenas paraba en la cueva que nos servía de albergue, hasta la llegada de aquel terrible perro de seis dedos que nos desahució con sus afilados colmillos. Mi madre estuvo algún tiempo sin probar bocado alguno, hasta que, un día, apareció con un hermoso hueso con tuétano que puso fin a su ayuno, y seguramente, a su tribulación.

Un día, en las inmediaciones del mercado, lugar para nosotros predilecto, me creí encontrar de pronto ante un charco de agua.



“Ante un charco, nos vemos a nosotros mismos” -nos había enseñado Cicerón-. Moví mi rabo, pero mi imagen lo mantuvo quieto. Probé con las orejas; y cuando las bajaba, la imagen hacía lo contrario. No estaba delante de un charco. Estaba delante de un perro. Pero de un perro que era yo mismo. Me acerqué a él; y al olerle, le encontré un cierto tufillo de familia. Iba pulcramente lavado, con un hermoso collar rojo y un ridículo cascabel. Su actitud para conmigo, fue de estúpida altanería. Moví mi rabo en señal de amistad, pero él lo mantuvo quieto y disparó sus orejas. Yo sentí desprecio por su collar de esclavo. Era yo entonces, y lo fui durante mucho tiempo, un perro vagabundo e independiente. Cuando me disponía a enseñarle los dientes, un fuerte silbido le hizo cobardemente desaparecer. Era... ¡el amo! Yo me fui contento al barranco. Muy contento de mí mismo, de mi pobreza y de mi libertad.

### ***Narraciones canarias. Recuerdos de niñez y juventud***

#### **ESTAMPA VEGUETENSE**

Estamos en la Plaza de Santo Domingo. Atardece. El “Angelus” acaba de sonar. Se encienden las primeras luces. La palmera del colegio de Doña Nieves se esfuma en las sombras, pero aun cabrillean sus doradas “támaras”. Algunos chiquillos, a estirones de sus madres, empiezan a recogerse. Una tartana pasa rauda, sacando chispas del adoquinado.

-Es Don Ventura. Se oye decir.

-No -contesta alguien-. Es el Sr. Lara, el corredor.

Pasa otra tartana con las cortinas echadas. Ya sabemos el “pescado” que lleva a la “plaza”. También sabemos el lugar de consignación: la “laja”. A través de las cortinas se filtra los acordes desafinados de un requinto.

¿Dónde habrán ido a parar aquellas celestinas colgajeras del color del gofio, hechas de la misma materia que el imponderable guardapolvo?

La tartana, dando tumbos y al parecer bebida, desaparece por la calle del Rosario. Por la parte del naciente, empiezan a aparecer los primeros contertulios de la “Peña” de Don Prudencio Morales Martínez de Escobar. Dobla la esquina de la calle de la Cuna, tardo el paso y presta la sonrisa, aquel modelo de sacerdotes que fue en vida Don Pedro Díaz. En el salomónico pilar se llena la última vasija. Aparece un guardia municipal. ¿Para qué?

Davincito ha tirado la última peseta detrás de un saco de millo y ha cerrado la tienda.

¡Silencio!

#### **LA ESCUELA DE LUJÁN PÉREZ (Extracto)**

Hacía tiempo que mi padre venia madurando la idea de una escuela de artes plásticas que se apartara del academicismo que entonces privada en esta clase de Centros oficiales. La idea de mi padre era muy amplia y revolucionaria para aquella época, donde



un arte anémico y de dibujos a cuadrícula imperaba en las languidecientes academias. Aquellos Centros no tenían ni siquiera aire respirable. Recuerdo uno de ellos, situado en un sótano, lúgubre, donde jamás entró un rayo de sol, y alumbrado por agoniosas y oscilantes lámparas. Las clases eran de noche y duraban una hora, ni minuto más ni menos; y los alumnos se pasaban el tiempo en la copia de viejas láminas. Es decir: que traspasaban al papel, lo que ya otros dibujantes habían resuelto interpretándolo del original. De esta manera se conseguía, que cuando algún alumno ya “avanzado” se decidía a hacerle el retrato a su padre - pongo por caso- le plantase en el rostro la mismísima nariz de Cleopatra.

Mi padre consultó el asunto con algunos pintores de nota que no lo acogieron con el calor que él esperaba de ellos. Pero no se desanimó. La llegada de Don Juan Carló a la ciudad, en una de aquellas simpáticas arribadas forzosas a la isla, espoleó y le dio nuevos bríos para plasmar en realidad lo que hasta allí había sido un bello sueño. Después de muchas consultas, y de oírse el uno al otro, desechando esto y aceptando aquello, comenzaron a elaborar un plan general y como panorámico de lo que había de ser la futura escuela. Pasado un mes de estas primeras entrevistas, y después de unas gestiones de mi padre en busca del domicilio adecuado, ya había en el haber de la escuela estas cuatro cosas apreciables: tres habitaciones en un amplísimo jardín; un profesor, y un nombre: LUJÁN PÉREZ.

Poco tiempo después, la escuela comenzó a funcionar. Los primeros alumnos que pasaron por ella, aunque no puedo fijar su orden de prelación, fueron Gregorio López, nuestro gran escultor, hoy por tierras de Venezuela; Santiago Santana; Juan Márquez y otros. Años más tarde, no muchos, el alumnado se acrecentó con Plácido Fleitas, Oramas, Felo Monzón, Miguel Márquez, Simón y Domingo Doreste, Arencibia, Guerrita, Juan Jaén, Abrahán Cárdenes, Miguel Navarro, Juan Ismael y tantos y tantos que harían esta relación interminable.

También se enriqueció la escuela con la incorporación, como maestro de dibujo, del inolvidable García Cañas, finísimo y atildado caballero, arquitecto entonces del Ilustre Ayuntamiento y perteneciente a la más aristocrática bohemia, dicho sea, en la más alta y bella expresión del vocablo. Y él, con orgullo, a sí mismo como bohemio se predicaba.

En el jardín de la escuela se levantaron dos modernos pabellones de techos muy altos y grandes ventanales. Toda especie de lámina era considerada como “tabú”. Los dibujos se hacían directamente, tomando por modelo algunos bustos de yeso, o simplemente captando cualquier objeto por baladí y poco artístico que pareciese.

Así; una simple palmatoria; la hoja de un árbol; o la ecuación de un vaso con su botella; y a los doctrinos, el primer día de su aparición se les ponía delante nada más, y nada menos, que una caja de cerillas sobre una superficie cualquiera.

Dije nada más y nada menos a propósito. Porque en cierta ocasión, apareció por la escuela un muchacho que se había formado en aquellos Centros oficiales a los que he aludido anteriormente. Nuestro hombre traía en una carpeta una buena colección de



dibujos, hechos por él, muy acabados y de un difuminado perfecto, -copiados de láminas, por supuesto.

Cuando Don Juan le puso la consabida caja de cerillas en escorzo, para que la dibujara, creyó que era una broma que le gastaban. Pero Don Juan muy serio, le instó a ello. Púsose el muchacho a hacerlo, Don Juan se apartó para examinar otros trabajos, y al cabo de un rato volvió de nuevo, a ver como “iba aquello”.

Efectivamente, lo que era de esperar: el dibujo estaba mal encajado. Don Juan trazó sobre él dos sencillas líneas, y las leyes de la perspectiva hicieron entonces su presencia.

El muchacho que era comprensivo, hizo al día siguiente una pira con sus difuminadas creaciones.

La escuela pronto se convirtió en algo más que una academia de dibujo.

Se empezó a pintar, a modelar en barro, a vaciar en yeso, tallar en piedra y madera, y hasta se instaló un horno para hacer cerámica. Esto último sucumbió en el intento, por falta de técnicos.

Pero además, la escuela fue también Liceo y centro de reunión de intelectuales de todos los credos y matices. La literatura, la poesía, la música, y todas las manifestaciones de la cultura y del pensamiento interesaban por igual. Mi padre daba todos los viernes una conferencia sobre arte, y uno de los temas que trató con más asiduidad y entusiasmo, fue el de la historia del Renacimiento italiano.

Entre los «alumnos» de la escuela que no pintaban, recuerdo a Cristóbal Cabrera, Juan Sosa Suárez, Francisco Martín Vera, Pancho Guerra, Adolfo Luján, Félix Delgado, Luis Suárez Morales, Mario Pons, N. Alamo, Pedro Perdomo y tantos otros más [...].

### **Soneto a Fray Lesco**

A mi padre

No fuiste, que en mí eres; y si muerto  
en tu postrera forma parecías,  
yo estaba en el secreto: me veías,  
con los ojos cerrados, que es lo cierto.  
Cuando te fue el misterio descubierto,  
y sin oír mi voz a mí me oías;  
cuando ya al parecer nada sentías,  
y te dieron por mudo, ciego y yerto...  
Entonces, padre mío, tu silueta,  
¡en qué lenguaje inmaterial me hablaba!  
mientras tu alma en silencio abandonaba  
tu franciscana encarnación de asceta,  
y al Eterno, serena se elevaba,  
fundida en las campanas de Vegueta



### **A Bach**

Órgano titánico de músculos sonoros,  
que en los orféicos yunques los cometas dispersos  
forjas en tus «tocatas» en tus «largos» inmersos  
en órbitas de «fugas» y en la paz de tus coros.  
Caracol con aliento de huracanes sonoros,  
que en sonidos conviertes la esencia de los versos,  
es tu voz revelada, de ignotos universos,  
que a tu genio donaron sus líricos tesoros.  
Gigante y encordada lira de meridianos,  
en deliquio pulsada por deíficas manos.  
¡Polífono océano! Aeda de otros mundos  
que en trémolos cometas se esfuman errabundos  
tejiendo con tu pauta fugada, los profundos,  
siderales acordes de pánicos arcanos.

### **Madre**

Arca matriz, placenta de mi nada,  
honda raíz del árbol de mi vida,  
en el placer y en el dolor habida  
y en dos fuentes de plata amamantada.  
Fuiste la voz primera pronunciada  
en el albor del vientre presentida,  
y cuando mi existencia fuera ida,  
con la unción de tu voz será acabada.  
Ni la maldad, ni el bien, ni la belleza  
del fruto en ti, por ti, de ti nacido,  
acrecientan ni entibian la pureza  
de ardido amor por lo que fuere habido.  
Que al rosal, en milagro concebido,  
ama la tierra igual que a la maleza.

### **Acuarela risquera**

Risco de San Nicolás,  
tarrillito de pastillas,  
con tus casas encarnadas  
y tus puertas amarillas.

Tu remate “de tres picos”,  
tus asaderos de piñas  
y tus patios de biviscos



con ropa blanca en las liñas.

Risco enriscado, ¡mi risco!  
De guitarras bullangueras,  
con tres casas de dos pisos  
y con trescientas terreras.

Unos puñados de alfalfa  
y una cabra en la azotea,  
veinte lajas en el patio  
y treinta vigas de tea.

Un perro lleno de pulgas  
y el gato que al mirlo otea.  
Risco de San Nicolás,  
tarrillito de pastillas,  
con tus casas encarnadas  
y tus puertas amarillas.

De “saco guano” tus catres  
de viento como tijeras  
y colorines de Oramas  
que el sol mañanero quiebra  
y el sol de la tarde lame  
y el de las doce requema.

¡Hasta con la luna brillas!

Risco risquero ¡mi risco!

tarrillito de pastillas,  
con tus casas encarnadas  
y tus puertas amarillas.

### **Romance de Pancho Marrero**

Hacia los Riscos subía  
En copas Pancho Marrero,  
Tan mal puesta la cachorra  
Que mal parecía un sombrero.  
En el cinto, su cuchillo,  
A la derecha, su perro.



Pegaba tanto el levante  
Que se fumaba el sendero  
Y los charcos se bebía.  
Iba todo él de negro.  
No porque tuviera luto,  
Era cosa de familia.  
Subía Pancho Marrero  
Por San Nicolás arriba  
Con su perro majorero  
Que le hacía compañía.  
De la «Casa de los Picos»  
Las alabardas se hundían  
En las carnes de la noche  
Besando la amanecida.  
La luna estaba cuajada  
Por el levante que hacía.  
El perro no la ladraba  
Que era perro que mordía.  
Subía Pancho Marrero  
Y ya estaba casi arriba.  
La Luna sudaba lirios,  
Por el Levante que hacía.  
Seis voces dio un campanario  
Y se alumbró el nuevo día.  
Sacó Marrero un cuchillo  
De abolengo tan canario  
Que sangre no conocía.  
Todo un cuchillo labrado  
Por los Batista de Guía.  
De la «Casa de los Picos»  
Los tres cuchillos herían  
La piel de la madrugada  
Que poros de luz tenía.  
Pasó el dedo por el filo  
Del cuchillo y dijo: atisba  
Que hoy vas a probar la sangre,  
Que hoy en día te desvirgan.  
Salió de una casa un hombre.  
¡Estate quieto verdino!  
Le dice Marrero al perro.  
Ella con él me engañó,



Mañana habrá dos entierros.  
Cuando te hunda en sus carnes  
Verás al primer amago  
Manar un chorro de sangre  
Roja como la del drago.  
Lontano un gallo cantó.  
Las calles estaban solas.  
La Luna ya en su agonía  
Sudando estaba amapolas  
Por el Levante que hacía.  
En una casa terrera  
Se ve asomar a una vieja.  
Ladra el perro majorero  
Con la cola haciendo fiestas.  
Es la madre de Marrero,  
Que al verla tan menudita  
Tan triste y tan poca cosa  
Se dice Marrero, ¡no!  
No habrá sangre en buena hora  
Ni desconchabos ni entierros.  
Y mientras tú vivas, Madre,  
Jamás hundiré esta hoja  
Engañeme quien me engañe.  
Que esas son cosas del cuerpo  
Que la tierra ha de tragarse. Acarició el duro acero,  
Y en la vaina de su cinto  
Lo volvió a su manso encierro.  
Más de mil gallos hervían  
El aire con sus cantatas,  
Mientras la vieja a Marrero  
Esperaba hasta las tantas.  
Huelga de estrellas había  
Y en lo más alto del cielo  
Un gran lucero esquirol  
Sus platinos derretía  
Albeando los senderos.  
La Luna besó en la frente  
A la madre de Marrero.

**Ven acá, vino tintillo**  
**(Comedia canaria en tres actos)**



Extracto del primer acto.

**Primer Acto**

**Patio de vecindad en el Risco**

**Personajes**

Don Bonifacio Santana, el indiano, 50 años

Tomasita Robaina, su mujer, 45

Pino, hija de este matrimonio

Tomás, hijo de este matrimonio

Paulito Ramírez, el practicante y ex barbero, 40.

Frasquita, 70 años

Vicenta, 25 a 30 años

Anastasia, 25 a 30 años

Un joven que hace de cicerone de don Bonifacio

Una chica presumida que pasa y no habla

Un vecino

Un guardia

Un mago que vende gallinas

*(Al alzarse el telón se oyen maullidos de gatos. Luego a dos cerdos “conversando” con satisfacción. Y en tercer lugar suena el canto de un gallo en la lejanía. Responde desde el portón, después de batir las alas con estrépito, un clásico gallo de la tierra.)*

**Tomasita.** – *(Está sentada, cosiendo. Dando un fuerte suspiro)* ¡Ay, señor! Deben ser ya las ocho y media! ¿Cuánto tarda este hijo mío! *(Suspende la labor y mira con interés hacia la calle. Llega Frasquita por la parte opuesta.)*

**Frasquita.** – ¡Abuena noche, Tomasita!

**Tomasita.** – ¡Buenas noches nos dé Dios, Frasquita!

¿Qué hora será? ¡Este hijo mío es una moratoria!

**Frasquita.** – Pues yo, Tomasita, la verdá... no le digo. Y si le digo la engaño. Dende que se le esconchabó el reló a Paulito, el practicante, andamos en esta casa con el tiempo a trompicones. Si no fuera por Vicentita la múa que canta las horas como un gallo... *(Se oye el grito penetrante de Vicentita llamando a Juanillo.)*

**Vicenta.** – ¡Juaniilloooo!

**Frasquita.** – ¿Qué le dije?

**Vicenta.** – ¡Que son las nueve, condenaao!

**Tomasita.** – *(Levantándose de un salto)* ¡Por la Virgen Santísima! Las nueve de la noche ya. ¡Con estos hijos de hoy no se gana pa disgustos!

**Frasquita.** – No se apure, señora, que su hijo está en la edá de la tuberosa.

**Vicenta.** – ¡Juaniilloooo! *(Juanillo llega como un volador. Al llegar al fondo del patio, donde se supone que está Vicenta llamándole, se corta de un golpe el grito de ésta y se la oye emprenderla con su hijo con el vocabulario propio del caso.)* ¡Ven acá! ¡Ven acá, condenaao, que te voy a matar! *(La emprende a mojicones con Juanillo.)*

**Tomasita.** – Esta Vicentita parece un remolcador el día de la Naval.



**Frasquita.** – ¡Quite pallá! Las trompetas de Jeringó es lo que parece.

**Tomasita.** – Y que este hijo mío no repare en lo que me hizo pasar su padre con el dichoso juego. Porque, como si lo viera, se ha ido a jugar a los galgos los pocos cuartos que gana a la semana.

**Frasquita.** – ¿Y pa qué quiere el pírgano de la escoba?

**Tomasita.** – ¡Ni con esas! Y lo peor es que de San Juan a Corpus se saca una trimpleta y se queda engatusado pa too el mes. ¡Cuando pienso que hoy hace diez años!

**Frasquita.** – ¿Diez años que se juega los cuartos?

**Tomasita.** – Disimule, Frasquita. A la verdá que la lengua se le va a una por un lado y la cabeza por otro. Quería decirle que tal día como hoy, diez años ha, mi marido, que en paz descanse, tomó el trole y traspuso por ese puerto pa fuera.

**Frasquita.** – Pero Tomasita, ¿usted qué sabe si su marido se fue pa las plataneras o no? ¡A lo mejor...! ¿Qué le pasó a Nicolasita la del Pambaso? Pues que le escribió el suyo y hacía veinte años que no sabía nada de él, mandándola buscar y se fue pa La Bana con too el rancho de hijos.

**Tomasita.** – Pues el mío pa mí... ¡como si se hubiera díó en el Valbanera!

## ADIVINANZAS CANARIAS

Soy un tanto jorobado  
por nacer junto a camellos  
y tengo más que probado  
que canto mejor que ellos.  
El timple

Nunca zapatos sufrí,  
tampoco lejos viajé,  
ni medicinas compré,  
ni en una alcoba dormí.  
Andrés el Ratón

A espaldas un gran balcón,  
frente, ediles y letrados,  
a la diestra un prebendado,  
dentro de mí el Redentor.  
La Catedral de Las Palmas de G.C.

## PENSAMIENTOS Y PENSAMIENTAS

No hay tales “cuernos de la abundancia”... ¡Al revés, al revés!



La ballena y la mosca son los animales más pesados de la creación.

El tiempo es el arado de nuestra piel.

Intelectual es el que enreda las cosas más sencillas.

En muchos escritores los puntos suspensivos son la antesala de sus tópicos.

Te querré eternamente debería escribirse con lápiz.

Saber aburrirse es una de las cosas más entretenidas.